

vulgaridad cotidiana. Usó de su libertad para despedir al extranjero.

A pesar de Ibsen, sus obras tienen un valor simbólico de aplicación universal en todos los tiempos de la vida humana y de la historia de las naciones. En 1924 Europa sufría los dolores anexos al mayor de los crímenes que haya cometido la especie humana. Empobrecida, triste, consumida por los odios de tribu, desorganizada en todos los aspectos de la vida, frente «a un mundo moral, nuevo, cuyos fundamentos no alcanzaba a apreciar, aquella parte del mundo era el símbolo del drama imaginado por Ibsen con el título de la *Dama del mar*. El siglo XIX, que en muchas de sus actitudes merece el calificativo de estúpido que ha querido darle un polemista energúmeno, será tratado con clemencia el día de la absoluta justicia, porque fue el siglo de la libertad. El ochocientos invirtió muchos valores vitales, lanzó a los cuatro vientos el virus del romanticismo, desplazó en cierto modo algunas facultades del espíritu humano imposibilitando a las generaciones siguientes para dejarse guiar por la experiencia más bien que por la lógica y el sentimiento. Pero con todos sus errores el siglo XIX fue la época de las grandes conquistas llevadas a cabo en beneficio de la libertad individual. En esa época se independizó la América española por un esfuerzo de su voluntad y planteó con el hecho la doctrina del derecho que tienen los pueblos a disponer de sus propios destinos. En el siglo XIX evolucionó la monarquía absoluta hacia las formas constitucionales y democráticas; nacieron repúblicas en Europa y saltó a la palestra el cuarto estado, o sea el obrero emancipado y dueño de su persona, de su habilidad y de su tiempo. Al entrar el siglo XX, el mundo occidental había recibido la libertad en una serie de sacrificios materiales y como consecuencia de grandes batallas de la razón humana. Al sentirse libre, en 1919, el mundo culto con el mismo gesto que la esposa histérica en el drama de Ibsen, usó de su libertad para ratificar los compromisos contra los cuales había estado luchando durante un siglo. Italia, Grecia, España, Polonia, aceptan de nuevo el viejo sistema de los gobiernos personales. Francia se complace en las tortuosas y envejecidas maniobras del papel moneda inconvertible, destruyendo las verdades económicas y aislándose del mundo comercial; en América la nación que había sido símbolo de todas las libertades y refugio de los perseguidos políticos de todo el orbe, cierra sus puertas a los hombres de ciertas razas y a las ideas de renovación, sin analizarlas ni preguntar de dónde vienen. Ese mismo pueblo que un tiempo hizo

el gesto de libertador y enemigo de los opresores, usa de su poder para suprimir la libertad en pueblos débiles y para imponerles la coyunda del tanto por ciento.

Dos inteligencias sobresalen en la historia literaria de la Europa central y septentrional en las postrimerías del siglo XIX: Ibsen y Nietzsche. El autor de *Casa de muñecas* revolucionó el teatro, cambió la forma y el contenido de la obra dramática y lanzó al comercio universal ideas políticas y morales a cuyo influjo se ha transformado el mundo. Nietzsche recibió del genio un mensaje de destrucción. Su obra tenía por objeto demoler la vieja estructura moral llena de grietas y aplanar el suelo donde habían de levantar nuevos edificios los arquitectos del porvenir. De uno y otro puede afirmarse que basta leer unas páginas de un autor moderno para saber si escribió antes o después de ellos. Ibsen extendió su influjo a los problemas cotidianos de la política y de la vida social; su obra, de la cual no puede decirse que se contenga en el ángulo intelectual del vulgo, ha penetrado más en las capas sociales porque su vehículo es la obra de arte; Nietzsche ha quedado, por el carácter filosófico de su obra y por su tendencia a expresarse en forma de aforismo, un tanto apartado de la inteligencia general; pero las virtudes literarias de su obra de filósofo y de moralista son de tal excelencia que por medio de ellas han penetrado sus ideas positivas y sus grandes negaciones en la conciencia literaria de su tiempo. En 1888, cuando Nietzsche perdió fundamentalmente el uso de su razón, Ibsen empezaba a adquirir popularidad fuera de los países escandinavos. Su patria,

la austera Noruega, que cerró los oídos a las primeras amonestaciones del genio, ha plantado frente al teatro nacional de Oslo una estupenda imagen del autor de *Romersholm*, en cuyos perfiles de bronce se adivina el desacuerdo entre el ambiente y el poeta. Ibsen escribía para Europa, domiciliado en Munich, y es posible que el haber encontrado su obra más propicio terreno en Alemania que en los países escandinavos, fuese el resultado de la obra demoleadora y de nivelación llevada a cabo por Zaratustra.

En el teatro la fuerza y el poder expansivo de Ibsen no se limitan, como puede creerse, a su maravillosa capacidad de objetivar una idea y hacerla vivir en la representación de personajes más o menos reales, colocados en el escenario de las aspiraciones y aventuras usuales. En este aspecto su obra ocupa un lugar privilegiado en la historia de las corrientes literarias del ochocientos en sus brillantes e inolvidables postrimerías. Pero se comete un error imaginando que era la idea central del drama ibseniano la causa de la fascinación que empezó a ejercer de repente su teatro sobre las multitudes letradas. El objeto de la poesía, de la novela y del drama no es la difusión de ideas. La poesía lírica vive por su naturaleza de sentimientos y emociones; la novela y el drama son, como obra de arte, representaciones de la vida, y su objeto principal es o describir costumbres o crear situaciones interesantes o diseñar humanamente caracteres verosímiles, o hacerlo todo a la vez. Nada impide que en las representaciones vitales de la novela o el drama el autor ponga en circulación ideas que por su natural virulencia trasciendan del libro o de la escena a la sociedad. Pero el mérito real de la obra de arte literario no

yace en las ideas sino en la representación. Ibsen nos da una fastuosa comprobación de esta manera de ver la obra dramática. Cuando *Casa de muñecas* apareció en escena por primera vez, levantó airados gritos de escándalo entre las gentes de pensar tardigrado y los moralistas de púlpito protestante. La pieza mereció los honores de la prohibición en varias capitales de Europa y aún en el ambiente conocidamente liviano de la capital austriaca el director del teatro que primero se atrevió a ponerla en escena pidió permiso a Ibsen para dejar a Nora en casa de su marido y para modificar en tal sentido las últimas frases del drama. Ibsen contestó naturalmente que no consentía en tal despropósito y que sus dramas no estaban escritos para gentes susceptibles de escandalizarse. Más tarde *Aparecidos* levantó el mismo torbellino de protestas y de aplausos, unas y otros suscitados por la extrañeza de la idea general contenida en el drama. Hoy las naciones más cultas han convenido en que la mujer sea la igual del hombre en todas las avenidas del gran palenque social, y, donde así lo desea, puede la esposa dejar de figurar como el objeto de adorno que solía ser en los tiempos en que se escribió *Casa de muñecas*. A nadie perturba en nuestros días la verdad de las teorías relativas a la herencia morbosa ni la suma de error que pueda haber en ellas. Ni causan escándalo por su impiedad ni atraen a los cándidos por su novedad. *Aparecidos* mantiene como libro y como trabajo escénico la atención de los talentos maduros no por la novedad de las ideas que en ese drama se discuten sino por la espaciosa onda de realidad que circula en ese pedazo del mundo observado por el autor; por el vigoroso diseño de los personajes y por las notas altísimas de piedad con el dolor ajeno que suscitan sus mejores escenas. *Casa de muñecas* plantea un problema resuelto ya por las leyes y las costumbres. A medida que la mujer va dejando de ser un objeto de adorno en el hogar del siglo XX, el hombre toma su puesto y empieza a desempeñar su papel de elemento decorativo luchando con las limitaciones que rigurosamente y sin la más leve muestra de previsión le ha impuesto la naturaleza. Nora no inspira ya interés por su posición subalterna, porque en el mundo culto su emancipación ha sido completa. Pero *Casa de muñecas* vivirá mientras dure la escena y haya gusto por los espectáculos teatrales. Su técnica es de una firmeza y perfección casi inasequibles; la vida aparece abreviada con tan maravilloso arte, que por momentos se pierde la ilusión que nace de las convenciones teatrales; y los caracteres son tan consecuentes consigo mismos, que su



La más perfecta del mundo

JOHN M. KEITH Jr.

Representante

SAN JOSE

COSTA RICA